

víos [lo que Dios no permita] no me desdeciré de lo que ahora os escribo, antes os confesaré que hago mal; pero conozeo el bien, segun se espresaba Ovidio.

Volviendo á mí, digo, que á los dos ó tres dias de mi grado determinaron mis padres enviarme á divertir á unos herraderos que se hacian en una hacienda de un su amigo, que estaba inmediata á esta ciudad. Fúme en efecto.....

CAPITULO VI.

En el que nuestro bachiller dá raz on de lo que le pasó en la hacienda, que es algo curioso y entretenido.



LEGUE á la hacienda en compañía del amigo de mi padre, que era no menos que el amo ó dueño de ella. Apeámonos y todos me hicieron una acogida favorable.

Con ocasion del divertimento que habia de los herraderos, estaba la casa llena de gente lucida, así de México como de los demas pueblos vecinos.

Entramos á la sala, me senté en buen lugar en el estrado; porque jamás me gustó retirarme á largo trecho de las faldas, y despues que hablaron de varias cosas de campo, que yo no entendia, la señora grande, que era esposa del dueño de la dicha hacienda, trabó conversacion conmigo y me dijo: conque señorito, ¿qué le han parecido á vd. esos campos por donde ha pasado. Le habrán causado su novedad, porque es la primera vez que sale de México, segun noticias. Así es, señora la dije, y los campos me gustan demasiado. Pero no como la ciudad, ¿es verdad? me dijo. Yo por política le respondí: si señora, me han gustado, aunque ciertamente no me desagrada la ciudad. Todo me parece bueno en su línea; y asi estoy contento en el campo como en el campo; y divertido en la ciudad co-

mo en la ciudad. Celebraron bastante mi respuesta, como si hubiera dicho alguna sentencia catoniana, y la señora prosiguió el elogio diciendo: sí sí, el colegial tiene talento, aunque luciera mejor si no fuera tan travieso, segun nos ha dicho Januario.

Este Januario era un jóven de diez y ocho á diez y nueve años, sobrino de la señora, condiscípulo siempre y grande amigo mio. Tal salí yo, porque era demasiado burlon y gran bellaco, y no le perdí pisada ni dejé de aprovecharme de sus lecciones. El se hizo mi íntimo amigo desde aquella primera escuela en que estuve, y fué mi eterno ahuzote [1] y mi sombra inseparable en todas partes, porque fué á la segunda y tercera escuela en que me pusieron mis padres: salió conmigo, y conmigo entró y estudió gramática en la casa de mi maestro Enriquez: salió de allí, salió él: entré á San Tildefonso, entró él tambien: me gradué, y se graduó en el mismo dia.

Era de un cuerpo gallardo, alto y bien formado: pero como en mi consabida escuela era constitucion que nadie se quedara sin su

[1] Parece que esta frase tuvo origen desde el tiempo de la gentilidad entre los indígenas, á los que gobernó desde el año de 1482 hasta el de 1502 el emperador Ahuítzotl, cuya palabra mexicana quiere decir *agüero*. Este hombre cruel y sanguinario hizo morir en la dedicacion del templo principal de México, mas de 64.000 víctimas humanas, segun dicen varios autores; pero el padre Torquemada asegura que en los cuatro dias que duró la fiesta fueron sacrificados 72.344 prisioneros. Esta matanza causó tan horrorosa impresion en los mexicanos sus súbditos, que desde aquel tiempo llamaron *ahuítzotl* al perseguidor, ó al que causa daño de cualquier género.

Para consuelo de la humanidad, la sana crítica no carece de razones para persuadir que si este hecho (que no tiene semejante en los anales de la barbaridad) no es fabuloso, es á lo menos muy exagerado, debiendo sospecharse que se ha cometido algún error ó en la numeracion de los MS. que tuvieron presentes los AA., ó en la interpretacion de las cifras y geroglíficos de los mexicanos, ó en la significacion de las voces de su idioma. Pero este asunto no es de este lugar, y siempre es cierto que el espantoso número de víctimas que sacrificó Ahuítzotl en esta ocasion debió de escandalizar á sus vasallos, dando origen á la frase.

mal nombre, se lo cascábamos á cualquiera aunque fuera un Narciso ó un Adonis; y segun esta regla le pusimos á D. *Januario Juan Largo*, combinando de este modo el sonido de su nombre y la perfeccion que mas se distinguia en su cuerpo. Pero despues de todo el fué mi maestro y mi mas constante amigo; y cumpliendo con estos deberes tan sagrados, no se olvidó de dos cosas que me interesaron demasiado y me hicieron muy buen provecho en el discurso de mi vida, y fueron: inspirarme sus malas mañas, y publicar mis prendas, y mi sobre nombre de PERIQUILLO SARNIENTO por todas partes; de manera, que por su amorosa y activa diligencia lo conservé en gramática, en filosofía y en el público cuando se pudo. Ved, hijos míos, si no sería yo un ingrato si dejara de nombrar en la historia de mi vida con la mayor efusion de gratitud á un amigo tan útil, á un maestro tan eficaz, y al pregonero de mis glorias; pues todos estos títulos desempeñó á satisfaccion el grande y benemérito Juan Largo.

No sabia, con todo eso, si aquellas señoras tenian tan larga relacion, de mí, ni si sabian mi retumbante nombrecillo. Estaba muy ufano en el estrado dando taba, como dicen, con la señora y una porcion de niñas, entre las cuales no era la menos viva y platiconcilla la hija de la señora mi panegirista, que no me pareció terció de paja, porque sobre no haber quince años feos y estar ella en sus quince, era demasiado bonita é interesante su figura: motivo poderoso para que procurara manejarme con cierta afabilidad y circunspeccion lo mejor que podia para agradarla; y ya habia notado que cuando decia yo alguna facetada colegialuna, ella se reia la primera y celebraba mi genialidad de buena gana.

Estaba yo, pues, quedando bien y en lo mejor de mi gusto, cuando en esto que escuché ruido de caballos en el patio de la hacienda, y antes de preguntar quien era, se fué presentando en medio de la sala con su buena manga, paño de sol, botas de campana y demás aderezos de un campista decente..... ¿quién piensan vdes. que se

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Vol. 1425 MONTERREY, MEXICO

ría? ¡Quién había de ser por mis negros pecados, sino el demonio de Juan Largo, mi caro amigo y mi favorecedor! Al instante que entró, me vió, y saludando á todos los concurrentes en comun y sobre la marcha, se dirigió á mi con los brazos abiertos y me halagó las orejas de esta suerte: ¡oh mi querido Periquillo Sarmiento! ¿tanto bueno por acá? ¿como te vá, hermano? ¿qué haces? siéntate.....

No puedo ponderar la enojada que me dí al ver como aquel maldito en un instante había descubierto mi sarna y mi periquería delante de tantos señores decentes, y lo que yo mas sentia, delante de tantas viejas y muchachas burlonas, las que luego que oyeron mis dictados comenzaron á reirse á carcajadas con la mayor imprudencia y sin el menor miramiento de mi personita. Yo no sé si me puse amarillo, verde, azul ó colorado; lo que sí me acuerdo es, que la sala se me oscureció de la cólera, y los carrillos y orejas me ardian mas que si los hubiese estregado con chile. Miré al condenado Juan Largo, y le respondí no se qué, con mucho desden y gravedad, creyendo con este entono corregir la burla de las muchachas y la insolencia de mi amigo; pero nada menos que eso conseguí, pues mientras yo me ponía mas sério, las muchachas reian de mejor gana, de modo que parecia que les hacian cosquillas á las muy puercas, y el pícaro de Juan Largo añadía nuevas facetadas con que redoblaban sus caquinos. Viéndome yo en tal apuro, hube de ceder á la violencia de mi estrella y disimular la bola que tenia, riéndome con todos; aunque si va á decir verdad, mi risa no era muy natural, sino algo mas que forzada.

En fin, despues que me periquearon bastante y disecaron el hediondo cadáver de su sarnosa etimología, ya que no tenían baso para reir, ni aquel bribon bufonada con que insultarme, cesó la escena, y calmó, gracias á Dios, la tempestad.

Entónces fué la primera vez que conocí cuán odioso era tener un mal nombre, y qué carácter tan vil es de los truhanes y graciosos, que no tienen lealtad ni con su camisa; porque son capaces de per-



¡oh mi querido Periquillo Sarmiento! ¿tanto bueno por acá? ¿como te vá, hermano? ¿qué haces? siéntate.....

der el mejor amigo por no perder la facitada que les viene á la boca en la mejor ocasion; pues tienen el arte de herir y avergonzar á cualquiera con sus chocarrerías, y tan á mala hora para el agraviado, que parece que les pagan, como me sucedió á mí con mi buen condiscipulo, que me fué á hacer quedar mal, justamente cuando estaba yo queriendo quedar bien con su prima. Detestad, hijos míos, las amistades de semejante clase de sujetos.

Llegó la hora de comer, pusieron la mesa y nos sentamos todos segun la clase y carácter de cada uno. A mí me tocó sentarme frente á un sacerdote vicario de Tlalnepantla, á cuyo lado estaba el cura de Cuautitlán (lugar á siete leguas de México,) que era un viejo gordo y hartó serio.

Comieron todos alegremente, y yo tambien, que como muchacho al fin, no era rencoroso, y mas cuando trataban de complacerme con abundancia de guisados exquisitos y sabrosos dulces; porque D. Martin, que así se llamaba el amo, era bastante liberal y rico.

Durante la comida hablaron de muchas cosas, que yo no entendí pero despues que alzaron los manteles, preguntó una señora ¿si habíamos visto *la cometa*? El cometa dirá vd., señorita, dijo el padre vicario. Eso es, respondió la madama. Sí, lo hemos visto estas noches en la azotea del cuarto y nos hemos divertido bastante. ¡Ay! qué diversion tan fea, dijo la madama. ¿Por qué señorita? ¿por qué? Porque ese cometa es señal de algun daño grande que quiere suceder aquí. Ríase vd. de eso, decia el cleriguíto: los cometas son unos astros como todos; lo que sucede es, que se ven de cuando en cuando porque tienen mucho que andar, y así son tardones; pero no maliciosos. Si no, ahí esta nuestro amigo D. Januario, que sabe bien que cosa son los cometas, y por qué se dan tanto á desear de nuestros ojos, y el nos hará favor de explicarlo con claridad para que vdes. se satisfagan. Sí, Januario, anda, dinos como está eso, dijo la prima: mas el demonio de Juan Largo sabia tanto de cometas como de pirocthenia, pero no era muy tonto; y así sin

cortarse respondió: prima, ese encargo se lo puedes hacer á mi amigo Perico por dos razones: la una por que es muchacho muy hábil, y las dos, porque siendo esta súplica tuya, propia para hacer lucir una buena explicacion cometal, por regla de política debemos obsequiar con estos lucimientos á los huéspedes. Con que vamos, suplicale al *Sarvientito* que te lo explique: verán vdes. qué pico de muchacho. Así que él no esté con nosotros, yo te explicaré, no digo qué cosas son cometas, y por donde caminan, que es lo que ha apuntado el padrecito, sino que te diré cuantos son todos los luceros, cómo se llama cada uno, por donde andan, qué hacen, en qué se entretienen, con todas las menudencias que tú quieras saber, satisfecho que tengo de contentar tu curiosidad por prolija que sea, sin que haya miedo que no me creas, pues como dijo tio Quevedo:

El mentir de las estrellas

Es un seguro mentir,

Porque ninguno ha de ir

A preguntárselo á ellas.

Con que ya quedamos, Poncianita, que te explicará el cometa al derecho y al revés mi amigo Perucho, miéntras yo, con licencia de estos señores voy á ensillar mi caballo; y diciendo y haciendo se disparó fuera de la sala sin atender á que yo decia que estando allí los señores padres, ellos satisfarian el gusto de la señorita mejor que yo. No valió la escusa: el vicario de Tlalnepantla me habia conocido el juego, y porñaba en que fuera yo el explicador. Yo, decia, no señores: fuera una grosería que yo quisiera lucir donde están mis mayores. El cura, que era tan socarron como serio, al oír esta mi urbanidad, se sonrió al modo de conejo, y dijo: sabrán vdes. para bien saber, que en tiempo de marras habia en mi parroquia un cura muy tonto y vano, entre los que eran mas tontos: él, pues, un dia estaba predicando lleno de satisfaccion cuantas majaderías

se le venian á la cabeza, á unos pobres indios que eran los que únicamente podian tener paciencia de escucharlo. Estaba en lo mas fervoroso del sermon, cuando fué entrando á la iglesia el arzobispo mi señor, que iba á la santa visita. Al instante que entró alborotóse el auditorio y turbóse el predicador; siendo su sorpresa mayor que si hubiese visto al diablo. Callóse la boca, quitóse el boneta, y diciendo su ilustrísima que continuara, exclamó: ¡cómo era capaz, señor ilustrísimo, que estando presente mi prelado, fuera yo tan grosero que me atreviera á seguir mi sermon! Eso no, suba usía ilustrísima y acábelo, miétras acabo yo la misa *pro populo*. El arzobispo no pudo contener la risa de ver la grande urbanidad de este cura ignorante, y lo bajó del púlpito y del curato: apliquen vdes. Calló el padre gordo diciendo esto. Sonrióse el vicario y las mujeres, y yo no dejé de correrme, aunque me cabia cierta duda en si lo diria por mi política ó por la de Juan Largo; mas no duré mucho en esta suspension, porque el zaragate del padre vicario probó de una vez todo su arbitrio diciendo á la Poncianita: vd., niña, elija quién ha de explicar lo que es cometa, el colegial ó yo; y si la eleccion recae en mí lo haré con mucho gusto, porque no me agrada que me ruegen, ni sé hacer desaire á las señoras. Sin duda la guiñó del ojo, porque al instante me dijo la prima de Largo: vd., señor, quisiera me hiciera ese favor. No me pude escapar: me determiné á darle gusto: mas no sabia ni por donde comenzar, porque maldito si yo sabia palabra de cometas, ni cometas: sin embargo, con algun orgullo (prenda esencialísima de todo ignorante), dije: pues, señores, los cometas, ó las cometas, como otros dicen, son unas estrellas mas grandes que todas las demas; y despues que son tan grandes, tienen una cola muy larguísima..... ¡Muy larguísima? dijo el vicario: y yo que no conocia que se admiraba de que ni castellano sabias hablar, le respondí lleno de vanidad: si, padre, muy larguísima, ¿pues qué no la ha visto vd? Vaya sea por Dios, me contestó. Yo proseguí: estas colas son de dos colores,

blancas ó encarnadas: si son blancas, anuncian paz ó alguna felicidad al pueblo; y si son coloradas como teñidas de sangre, anuncian guerras ó desastres; por eso *la cometa* que vieron los reyes magos tenia su cola blanca, porque anunció el nacimiento del Señor y la paz general del mundo, que hizo por esta razon el rey Octaviano; y esto no se puede negar, pues no hay nacimiento alguno en la noche buena que no tenga su cometita con la cola blanca. El que no los veamos muy seguido es porque Dios los tiene allá muy retirados, y solo los deja acercarse á nuestra vista cuando han de anunciar la muerte de algun rey, el nacimiento de algun santo, ó la paz ó la guerra en alguna ciudad, y por eso no los vemos todos los dias; porque Dios no hace milagros sin necesidad. El cometa de este tiempo tiene la cola blanca, y seguramente anuncia la paz. Esto es, dije yo muy satisfecho, esto es lo que hay acerca de los cometas. Está vd. servida, señorita. Muchas gracias, dijo ella. No, no muchas, dijo el vicario; porque el señorito, aunque me dispense, no ha dicho palabra en su lugar, sino un atajo de disparates endiablados. Se conoce que no ha estudiado palabra de astronomía, y por lo propio ignora qué cosas son estrellas fijas, qué son planetas, cometas, constelaciones, dígitos, eclipses, etc., etc. Yo tampoco soy astrónomo, amiguito, pero tengo alguna tintura de una que otra cosilla de estas: y aunque es muy superficial, me basta para conocer que vd. tiene menos, y así habla tantas barbaridades; y lo peor es que las habla con vanidad, y creyendo que entiende lo que dice y que es como lo entiende; pero para otra vez no sea vd. cándido. Sepa vd. que los cometas no son estrellas, ni se ven por milagro, ni anuncian guerras, ni paces, ni la estrella que vieron los reyes del Oriente cuando nació el Salvador, era cometa, ni Octaviano fué rey, sino cesar ó emperador de Roma, ni éste hizo la paz general con el mundo por aquel divino natalicio; sino que el príncipe de la paz, Jesucristo, quiso nacer cuando reinaba en el universo una paz general, que fué en tiempo de Augusto Cesar

Octaviano; ni crea vd., finalmente, ninguna de las demas vulgaridades que se dicen de los cometas; y porque no piense vd. que esto lo digo á tintin de boca, le explicaré en breve lo que es cometa. Oiga vd. Los cometas son planetas como todos los demas, esto es: lo mismo que la *Luna, Mercurio, Vénus, la Tierra, Marte, Júpiter, Saturno, y Herschel*, los cuales son unos cuerpos esféricos, (esto es, perfectamente redondos, ó como vulgarmente decimos, unas bolas), son opacos, no tienen ninguna luz de por sí, así como no la tiene la tierra, pues la que reflectan ó nos envian, se la comunica el sol. La causa de que los veamos de tarde en tarde, es porque su curso es irregular respecto á los demas planetas, quiero decir: aquellos hacen sus giros sobre el sol esférica, y estos elípticamente, pues unos dan su vuelta redonda, y otros (los cometas) larga; y esta es la causa porque teniendo mas camino que andar, nos tardamos nosotros mas en verlos; así como mas pronto verá vd. al que haya de ir y venir de aquí á México, que al que haya de ir y venir de aquí á Guatemala; porque el primero tiene menos que andar que el segundo.

Esas colas que se advierten, no son, segun los que entienden, otra cosa mas que unos vapores que el sol les estrae é ilumina, así como ilumina la ráfaga de átomos cuando entra por una ventana; y este mismo sol, conforme la disposicion en que comunica su luz á este vapor, hace que estas colas de los cometas nos presen un color blanco ó rojo, para cuya persuacion no necesitamos atormentar el entendimiento, pues todos los dias advertimos las nubes iluminadas con una luz blanca ó roja segun su posicion respecto al sol [1]. En virtud de esto, nada tenemos que esperar favorable del color blanco de las colas de los cometas, ni que temer adverso por su color rojo. Esto es lo mas fundado y probable por

[1] Estas esplicaciones del padre vicario indican que tampoco él estaba muy instruido en el asunto. —E!

los físicos en esta materia: lo demas son vulgaridades que ya todo el mundo desprecia. Si vd. quisiere imponerse á fondo de estas cosas, lea al padre Almeida, al Brison, y á otros autores traducidos al castellano que tratan de la materia *pro famotiori*, esto es, con estencion. La que yo he tenido para explicar este asunto, ha sido demasiada, y verdaderamente tiene visos de pedantería, pues estas materias son ajenas y tal vez ininteligibles á las personas que nos escuchan, exceptuando al señor cura; pero la ignorancia y vanidad de vd. me han comprometido á tocar una materia singular entre semejantes sujetos, y que por lo mismo conozco habré quebrantado las leyes de la buena crianza; mas la prudencia de estos señores me dispensará, y vd. me agradecerá ó no, mis buenas intenciones, que se reducen á hacerle ver no se meta jamás á hablar en cosas que no entiende.

Contemplan vdes. ¿cómo quedaria yo con semejante responso-rio? Al instante conocí que aqnel padre decia muy bien, por mas que yo sintiera su claridad, pues aunque he sido ignorante, no he sido tonto, ni he tenido cabeza de *tepeguaje*: fácilmente me he docilitado á la razon; porque en la realidad, hay verdades tan demostradas y penetrantes que se nos meten por los ojos á pesar de nuestro amor propio. ¡Infelices de aquellos cuyos entendimientos son tan obtusos que no les entran las verdades mas evidentes! y mas infelices aquellos cuya obstinacion es tal que los hace cerrar los ojos para no ver la luz. ¡Qué pocas esperanzas dan unos y otros de prestarse dóciles á la razon en ningun tiempo! Quedéme confuso, como iba diciendo, y creo que mi vergüenza se conocia por sobre de mi roba, porque no me atreví á hablar una palabra, ni tenia qué. Las señoras, el cura y demas sujetos de la mesa, solo se miraban y me miraban de hito en hito, y esto me corria mas y mas.

Pero el mismo padre vicario, que era un hombre muy prudente, me quitó de aquella media naranja con el mejor disimulo, di-

ciendo: señores, hemos hablado bastante: yo voy á rezar vísperas, y es regular que las señoritas quieran reposar un poco para divertirnos esta tarde con los toritos.

Levantóse luego de la mesa, y todos hicieron lo mismo. Las señoras se retiraron á lo interior de la casa, y los hombres, unos se tiraron sobre los canapees: otros cogieron un libro: otros se pusieron á divertir á los juegos de naipes, y otros, por fin, tomaron sus escopetas y se fueron á pasar el rato á la huerta.

Solo yo me quedé de non, aunque muchos señores me brindaron con su compañía; pero yo les dí las gracias, y me escusé con el pretexto de que estaba cansado del camino, y que acostumbraba dormir un rato de siesta.

Cuando ví que todos estaban ó procurando dormir, ó divertidos, me salí al corredor, me recosté en una banca, y comencé á hacer las mas serias reflexiones entre mí acerca del chasco que me acababa de pasar.

Ciertamente, decía yo, ciertamente que este padre me ha avergonzado; pero despues de todo, yo he tenido la culpa en meterme á dar voto en lo que no entiendo. No hay duda, yo soy un necio, un bárbaro y un presumido. ¿Qué he leído yo de planetas, de astros, cometas, eclipses ni nada de cuanto el padre me dijo? ¿Cuando he visto ni por el forro los autores que me nombró, ni he oido siquiera hablar de estos antes que ahora? ¿Pues quien diablos me metió en la cabeza ser explicador de cosa que no entiendo, y luego explicador tan sandio y orgulloso? ¿En qué estaria yo pensando? Ya se ve, soy bachiller en filosofía, soy físico. Reniego de mí física y de cuantos físicos hay en el mundo, si todos son tan pelotas como yo. ¡Voto á mis pecados! ¿Qué dirá este padre? ¿Qué dirá el señor cura? ¿Y qué dirán todos? Pero, ¿qué han de decir sino que soy un burro? Para mas fué que yo el tuno de Juan Largo, que no se atrevió á manifestar su ignorancia. No hay remedio; saber cayar es un principio de aprender, y el silencio es una

buená tapadera de la poca instruccion: Juan Largo no hablando dejó á todos en duda de si sabe ó no sabe lo que son cometas; y yo con hablar tanto no conseguí sino manifestar mi necedad y ponerme á una vergüenza pública. Pero ya sucedio, ya no hay remedio. Ahora para que no se pierda todo, es preciso satisfacer al mismo padre, que es quien entiende mi tontera mejor que los demas, y suplicarle me dé un apunte de los autores físicos que yo pueda estudiar; porque ciertamente la física no puede menos que ser una ciencia, á mas de utilísima, entretenida, y yo deseo saber algo de ella.

Con esta resolucion me levanté de la banca y me fuí á buscar al vicario que ya habia acabado de rezar, y redondamente le canté la palinodia. Padrecito, le dije, ¿qué habrá vd dicho de la nueva explicacion del cometa que me ha oido? Vamos, que vd. no esperaba tan repentino entremes sobre mesa; pero la verdad, yo soy un majadero y lo conozco. Como cuando aprendí en el colegio unos cuantos preliminares de física y algunas propiedades de los cuerpos en general, me acostumbré á decir que era físico, lo creí firmísimamente, y pensé que no habia ya mas que saber en esa facultad. A esta preocupacion se siguió el ver que habia quedado bien en mis actillos, que me alabaron los convidados y me dieron mis galas; y despues de esto, no habrá ocho dias que me he graduado de bachiller en filosofía, y me dijeron que estaba yo aprobado *para todo*: pensé que era yo filósofo de verdad, que el tal título probaba mi sabiduría, y que aquel pasaporte que me dieron *para todo*, me facultaba para disputar de todo cuanto hay, aunque fuera con el mismo Salomon; pero vd. me ha dado ahora una leccion de que deseo aprovecharme; porque me gusta la física, y quisiera saber los libros donde pueda aprender algo de ella; pero que la enseñen con la claridad que vd.

Esa es una buena señal de que vd. tiene un talento no vulgar, me dijo el padre; porque cuando un hombre conoce su error, lo confiesa y desea salir de él, da las mejores esperanzas, pues es-

to no es propio de entendimientos arrastrados que yerran y lo conocen, pero su soberbia no les permite confesarlos; y así ellos mismos se privan de la luz de la enseñanza, semejantes al enfermo imprudente que por no descubrir su llaga al médico, se priva de la medicina y se empeora.

Pero ¿dónde aprendió vd. ese monton de vulgaridades que nos contó de los cometas? porque en el colegio seguramente no se las enseñaron. Ya se ve que no, le respondí. Esa copia de lucidísima erudicion que he vaciado se la debo á las viejas y cocineras de mi casa. No es vd. el primero, dijo el padre, que mama con la primera leche semejantes absurdos. Verdaderamente que todas esas son patrañas y cuentos de viejas. Vd. lo que debe hacer es aplicarse, que aun es muchacho y puede aprovechar. Yo le daré el apuntito que me pide de los autores en que puede leer á gusto estas materias, y le daré tambien algunas leccioncitas mientras estamos aquí.

Le dí las gracias, quedando prendado de su bello carácter: iba á pedirle un favor de muchacho, cuando nos llamaron para que nos fuéramos á divertir al corral del herradero.

CAPITULO VII.

Prosigue nuestro autor contando los sucesos que le pasaron en la hacienda.

SIN embargo de que nos llamaron, el padre vicario continuó diciéndome: por lo que toca á lo que vd. me pide acerca de que le instruya de los mejores autores físicos, le digo que no es menester apuntito, porque son muy pocos los que le he de aconsejar á vd. que lea, y fácilmente los puede encomendar á la memoria. Procure vd. leer la *Física experimental de los Abates Para y Nollet*, las *Recreaciones Filosóficas del padre D.*

Teodoro de Almeida, el Diccionario de física, y el tratado de física de Brisson. Con esto que vd. lea con cuidado, tendrá bastante para hablar con acierto de esta ciencia en donde se le ofrezca, y si á este estudio quisiere añadir el de la historia natural, como que es tan análoga al anterior, podrá leer con utilidad el *Espectáculo de la naturaleza por Pluche*, y con mas gusto y fruto la *Historia natural del célebre conde de Buffon*, llamado por antonomasia el *Plinio de Francia*.

Estos estudios, amiguito, son útiles, amenos y divertidos; porque el entendimiento no encuentra en ellos lo abstracto de la teología, la incertidumbre de la medicina, lo intrincado de las leyes, ni lo escabroso de las matemáticas. Todo llena, todo deleita, todo embelesa y todo enseña, así en la física como en la historia natural. Es estudio que no fatiga y ocupacion que no cansa. La doctrina que ministra es dulce, y el vaso en que se brinda es de oro.

Los que miran el Universo por la parte de afuera, se sorprenden con su primorosa perspectiva; pero no hacen mas que sorprenderse como los niños cuando ven la primera vez una cosa bonita que les divierte. El filósofo, como ve el Universo con otros ojos, pasa mas allá de la simple sorpresa: conoce, observa, escudriña y admira cuanto hay en la naturaleza.

Si eleva su entendimiento á los cielos, se pierde en la inmensidad de esos espacios llenos de la Magestad mas soberana: si detiene su consideracion en el sol, mira una mole crecidísima de un fuego vivísimo, penetrante é inestinguible, al paso que benéfico é interesante á toda la naturaleza: si observa la luna, sabe que es un globo que tiene montes, mares, valles, rios, como el globo que pisa, y que es un espejo que refleja la brillante luz del sol para comunicarnosla con sus influencias: si atiende á los planetas como Venus, Mercurio, Marte, y la restante multitud de astros, ya fijos, ya errantes, no contempla sino una prodigiosa infinidad de mundos, ya luminosos, ya iluminados, ya soles, ya lunas que observan constantemente los